



Año XXXII Núm. 365

Abril 1977

Redacción y Administración:
Benito Gutiérrez, 26. Tel. 243 54 15
MADRID (8)

(pág. 4)

Carolyn
RICHMOND

La polémica Clarín-Bonafoux y Flaubert



NO de los episodios más famosos de la vida literaria española a finales del siglo XIX fue la acerbada polémica entre el periodista Luis Bonafoux («Aramis») y Leopoldo Alas, suscitada por un ataque de aquél contra el autor de *La regenta*. Dicho ataque tuvo por pretexto un *palique* de Clarín publicado en *Madrid cómico* el 26 de marzo de 1887, donde se fustigaba, en términos generales, a los malos novelistas. Como Alas había publicado su gran novela poco antes (1885), Bonafoux aprovecha la oportunidad para denigrar ferozmente esta obra, llegando hasta el extremo de acusar de plagio a su autor. Dice que todo el capítulo donde la protagonista asiste a una representación del *Tenorio* «es un calco de un capítulo de "Madame Bovary"». Se

conoce que a don Leopoldo le gustó la escena de "Emma", asistiendo con "Bovary" (el marido) y León (el amante), a la representación de "Lucía"; y como él, don Leopoldo, no quiere ser menos que Flaubert, calcó la escena... ¡y a vivir!» (1).

Por lo pronto Alas guardó silencio, y Bonafoux repitió sus ataques en la prensa de forma cada vez más provocativa. Por fin, en 1888, publica Leopoldo Alas en uno de sus *folletos literarios* su respuesta a Bonafoux: un largo escrito titulado «Mis plagios», que puede leerse hoy en Leopoldo Alas, «Clarín», *Obras selectas*, 2.ª ed. (Madrid, 1966), páginas 1235-53. Allí, encarándose directamente con su antagonista, a quien trata con la previsible dureza, examina entre otras cosas el problema de las fuentes, para distinguir las del plagio propiamente dicho, y aduce además las fuentes vivas de sus supuestos plagios. A continuación hace un agudo análisis comparativo de la función desempeñada en *Madame Bovary* y en *La regenta* por las respectivas escenas donde una y otra protagonistas se encuentran en un palco del teatro. Después de retar a Bonafoux ante un «tribunal de honor literario», Clarín termina el artículo ridiculizando la figura del periodista, al que califica de «escritor sin ingenio», pero con todas las ansias del artista... que además de inspirar tristeza, despierta curiosidad y a su modo interesa». «No hay más que ver a ese señor Bonafoux en la calle —continúa—, con su aire de distraído, el cuello del gabán levantado... ¡Vaya, cuanto más lo pienso, más digno me parece de una novela!»

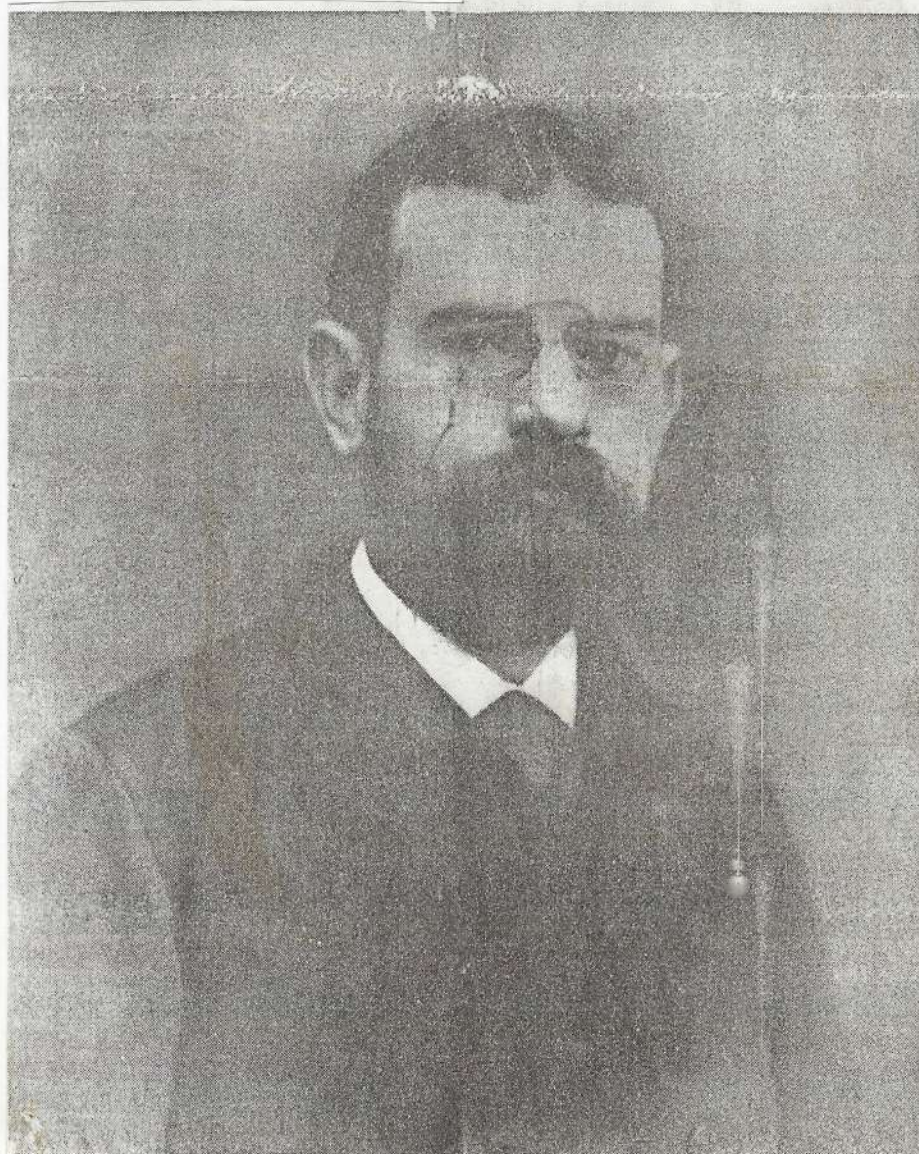
Bonafoux, por su parte, replicó casi en seguida, en el mes de mayo del mismo año, con un artículo, «Yo y el plagiario Clarín», donde repite los insultos sin añadir nada nuevo de sustancia. Esta polémica llena la vida literaria madrileña con inagotables comentarios y discusiones durante largo tiempo, pero Clarín se abstuvo de intervenir y de contestar de nuevo a su adversario. En lo que no parece, sin embargo, haber reparado nadie es en el hecho de que la segunda novela de Leopoldo Alas, *Su único hijo*, sobre la que justamente estaba trabajando durante esos años, contiene una cantidad de alusiones, más o menos veladas, a Bonafoux y a sus acusaciones de plagio. Es una respuesta indirecta y muy sutil, que me propongo desentrañar aquí, poniendo de relieve tales alusiones.

Hay que tener en cuenta que Alas se sintió muy afectado en su ánimo por la recepción escandalosa y no siempre favorable que había tenido su primera novela. Su correspondencia personal de este período (2) revela las dudas que sentía acerca de su propia capacidad como novelista, así como sus preocupaciones económicas y de salud. Parece claro que a fines de la década del ochenta y comienzos del noventa atravesaba por

(Continúa en la página 12.)

(1) Citado por José Fernando Dicenta Sánchez en «Luis Bonafoux, "La víbora de Asnières"» (Madrid, 1974), pág. 91.

(2) Véase Sergio Beser, «Siete cartas de Leopoldo Alas a José Yxart», en «Archivum», 10 (1960), 385-97; Beser, «Documentos clarinianos I. Seis cartas de Leopoldo Alas a Narciso Oller», en «Archivum», 12 (1962), 507-22; «Cartas a Galdós», ed. Soledad Ortega (Madrid, 1964), págs. 209-96; José María Martínez Cachero, «Trece cartas inéditas de Leopoldo Alas a Rafael Altamira y otros papeles», en «Archivum», 18 (1968), 145-66.



LA POLEMICA CLARIN-BONAFoux Y FLAUBERT

por

Carolyn Richmond

(Viene de la página 1.)

una crisis personal con depresiones nerviosas al mismo tiempo que estaba aplicado a redactar su segunda novela. Esta novela había sido concebida como introducción a una trilogía de novelas, proyecto de gran amplitud que no llegaría a realizarse (3). Del plan total quedó completa la novela *Su único hijo* y sólo hay dos fragmentos de las otras obras, uno antiguo, *Speraindeo*, que data de 1880 (4), y otro, *Una medianía*, que se publicó por primera vez en 1889 (5), antes de aparecer *Su único hijo*. Conviene tener en cuenta, también, que en el año 1888, al mismo tiempo que escribe su respuesta a Bonafoux, Alas está trabajando en la redacción de *Su único hijo* (6).

Esta segunda y última novela de Clarín es una obra sumamente compleja y ambigua que consiente diversas interpretaciones y a la que no se ha prestado hasta ahora la atención debida. Para empezar, es notable que el autor haya dado a la principal figura femenina un nombre que no es español, pero que precisamente es el de Madame Bovary. Diríase que, al escoger el nombre de Emma, Alas ha querido desafiar a su detractor. Por supuesto, el personaje de Emma Valcárcel no se parece nada al de Flaubert. El nombre, sin embargo, sugiere una asociación entre ambos personajes, según lo han visto varios críticos. Así, Baquero Goyanes nota con acierto: «No sé si todo será imaginación mía, pero en estas ansias de Emma por convertirse en mujer superior me parece percibir un eco de bovarismo deformado y pervertido. Puede que a esta impresión ayude, asociativamente, el nombre de Emma, común a la protagonista flaubertiana y a la de Clarín» (7).

A pesar de que una y otra Emmas sean tan distintas entre sí, Clarín ha hecho que la suya funcione como centro de una parodia agrandada de la escena de Flaubert que Bonafoux le había acusado de plagiar. Para empezar, lo que en *Madame Bovary* era un mero episodio —ópera presenciada por la protagonista— se extiende y amplía ahora a toda la novela, puesto que la ópera penetra su acción y la invade. La presencia de la compañía lírica en la ciudad constituye un motivo principal de *Su único hijo*. Además existe, en el capítulo 10, una representación de ópera que en este caso no es obra conocida, como la *Lucia di Lamermoor*, de Donizetti, a la que asiste Madame Bovary, sino lo que parece una invención del novelista, con algún eco cervantino (8). La inclusión de esta escena pudiera interpretarse como un desafío a Bonafoux, porque en ella se parodian los sentimientos de la espectadora hacia el cantante —cosa que no ocurre en *La regenta*, pero sí en *Madame Bovary*—. Clarín

señala con el dedo lo que hubiera podido ser un plagio en su primera novela.

Pero no se trata únicamente del nombre de Emma. Quizá no sea demasiado atrevido pensar que también el nombre del protagonista está relacionado con la polémica. «Bonifacio» recuerda en seguida a «Bonafoux» y no sólo por la asociación fónica, sino también por la caracterización del personaje. El autor asigna a su protagonista en los primeros capítulos de la novela ciertos detalles correspondientes a la personalidad real que él atribuye a Bonafoux: Bonifacio Reyes es un escribiente que sólo sabe copiar, ha ejercido —mal— el periodismo en Hispanoamérica y carece de originalidad. Recuérdese que en «Mis plagios» Clarín traza de Bonafoux un retrato con rasgos que coinciden en mucho con los atribuidos a su personaje de ficción («escritor sin ingenio, pero con todas las ansias del artista», «es una variedad que, además de inspirar tristeza, despierta curiosidad y a su modo interesa», etc.). En efecto, Bonafoux le parece digno de una novela. Alas termina diciendo: «Capaz sería de decir, si algún día ve en un libro cualquier personaje que se le parezca un poco: "¡Esa figura está copiada de la *Educación sentimental*, de Flaubert!", por ejemplo.»

Puede bien advertirse que existe un cierto parentesco en el protagonista de *L'Educación sentimental*, Frédéric Moreau, y el Bonifacio Reyes de *Su único hijo*, y Edith F. Helman, en su reseña del estudio antes citado de Baquero Goyanes, después de haber señalado las similitudes y diferencias entre ambas, opina que, como la *Educación*, la novela de Alas es el relato absolutamente sincero de sus propias ilusiones y desilusiones sucesivas (9).

Todo esto muestra que Flaubert estaba presente en la conciencia de Leopoldo Alas cuando escribía *Su único hijo* y que no sólo *Madame Bovary*, sino *L'Educación sentimental*, fueron tenidas en cuenta al redactar su propia novela. Si recordamos ahora que para Clarín la figura de Bonafoux «está copiada de la *Educación sentimental* de Flaubert», se nos impone la idea de aproximar también por este camino los nombres de Bonafoux y Bonifacio.

El carácter altivo de Clarín le impidió volver más de una vez a enfrentarse con un antagonista al que desdénaba, pero ha encontrado el medio de darle una respuesta críptica que sólo aspiraba a ser entendida por unos pocos, ya que también sentía profundo desprecio, evidenciado en otros escritos (10), hacia el ambiente literario madrileño donde la polémica escandalosa se había prolongado.

(9) «Hispanic Review», 22 (1954), 81-84.

(10) Por ejemplo, en los últimos capítulos del fragmento de «Una medianía» el protagonista, Antonio Reyes (hijo de Bonifacio), se extiende en una amplia caracterización negativa de la vida del Ateneo de Madrid, y, en general, de la vida intelectual madrileña, que por su intensidad emocional y la agudeza de los denuestos trasunta claramente el pensamiento y sentimientos del autor.

(3) En una carta a Galdós fechada el 1 de abril de 1887 escribe Alas: «Preparo tres novelas que tienen lazo común de ser la vida de una especie de "tres mosqueteros psicológicos", como si dijéramos. La primera se llama "Una medianía" (Antonio Reyes). La segunda, "Speraindeo" [sic] (completamente reformada y refundida; dedicada a don Benito Pérez Galdós: obra casi lírica, mi "credo"... a lo menos de ciertas horas del día); la tercera "Juanito Reseco" (mi predilecta)» («Cartas a Galdós», pág. 241). En 1888, en una carta a Altamira, aclara más la relación entre «Su único hijo» y una de las novelas proyectadas: «Ahora tengo entre manos... "Su único hijo", novela entre analítica, sentimental y humorística que es una especie de peristilo (con unidad) de "Una medianía"» («Trece cartas inéditas...», pág. 149), y cuatro años más tarde, después de la publicación de su segunda novela, le escribe a Menéndez y Pelayo: «Muchísimo le he agradecido su cariñosa carta en la que tan lisonjeras palabras dedica a mi última novela, que no viene a ser más, en efecto, que una introducción. Antonio Reyes es la medianía que acaba por suicidarse cuando adquiere la evidencia de esa "medianía" que es. Tiene dos amigos: Juanito Reseco, que da nombre a otra novela que tengo empezada hace muchos años; este Juanito es superior a Antonio y es el egoísmo absoluto y de talento sin ocupación... El otro amigo es "Speraindeo" [sic], que da nombre a otra novela» [Marcelino Menéndez y Pelayo y Leopoldo Alas, «Epistolario», Madrid, 1943, págs. 54-55].

(4) «Revista de Asturias»; reproducido en Leopoldo Alas, «Clarín», «Cuentos», ed. Martínez Cachero (Oviedo, 1953), págs. 309-32.

(5) «Sinfonía de dos novelas ("Su único hijo", "Una medianía")», en «La España Moderna», año I, número VIII, págs. 5-31; también publicado en el volumen póstumo, «Doctor Sutilis» (Madrid, 1916), págs. 305-35.

(6) El 17 de marzo de 1888 escribe a Galdós: «Estoy "haciendo de novelista" otra vez y "me ocupo en" una novelita intitulada "Su único hijo", que es una especie de introducción para "Una medianía"» («Cartas a Galdós», pág. 246).

(7) «Una novela de Clarín: "Su único hijo"», reproducido en «Prosistas españoles contemporáneos: Leopoldo Alas, Gabriel Miró, Azorín» (Madrid, 1956), página 82. Refiriéndose a «La regenta» y «Su único hijo», César Barja dice: «Ambas novelas nos hacen pensar en "Madame Bovary", y bastantes rasgos hay en común entre las heroínas, sobre todo entre la Emma de "Su único hijo" y la Emma de la novela de Flaubert» [Libros y autores modernos, 2.ª ed. (Nueva York, 1964)], pág. 375.

(8) Después de volver de la ópera, Emma atrae a Bonifacio concitando la imagen de la amante de su marido, la cantante que habían visto en la ópera: «—Mira, mira, yo soy la Gorgheggi o la Gorgoritos, esa que cantaba hace poco, la reina Micomicona; sí, hombre, ésa que a ti te gusta tanto...» («Su único hijo» [Madrid, Alianza, 1966], pág. 138). Como es bien sabido, la princesa Micomicona es el personaje de ficción que Dorotea asume en el capítulo XXIX de la primera parte del «Quijote» para sacar a don Quijote de Sierra Morena.